



LAS FRONTERAS DE JÚPITER

Silvia Marcu

LAS FRONTERAS DE JÚPITER



Primera edición: abril de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Silvia Marcu

ISBN: 978-84-19340-10-8

ISBN digital: 978-84-19340-11-5

Depósito legal: M-11429-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A la memoria de mis padres

*A toda una generación de jóvenes errantes
que abandonó Rumanía a principios de los años 90,
en busca de sueños e ideales.*

No indagues —no es lícito saberlo— cuál fin para mí, cuál para ti los dioses han dispuesto (...) ya que Júpiter te conceda muchos inviernos, ya el último que ahora destruye contra los escollos opuestos el mar Tirreno. Sé sabia, filtra los vinos y acorta al tiempo breve la esperanza larga. Mientras hablamos, se habrá fugado el tiempo celoso. Carpe diem —abraza el día— y confía mínimamente en el futuro.

HORACIO, Odas: «Carmina 1.11»

I

Madrid, la ciudad azul. Desgarrada. El tiempo sorprendía con su aleteo incesante, cogía de improviso a los humanos, agarraba los instantes entre sus brazos poderosos y etéreos a la vez. Los dejaba caer y los recogía en ataúdes vacíos. Desnudos. El tiempo les castigaba y fustigaba, y, aun así, lo añoraban, y odiaban a la vez. Que llegue. Y que pase. Sobre todo, aquel tiempo oscuro de sus vidas. Estancados en un vacío existencial, que cada cual tenía que rellenar: recordando, tejiendo, escribiendo. Pasando a través del tiempo, todos, como si fueran hilos frágiles y huidizos entrando por una aguja, en un mundo cada vez más pendiente y más vulnerable. Como si fueran gotas de agua, de sangre. O de la nada. El tiempo les obligaba viajar por túneles oscuros, cual aves de presa, o cual pájaros adormecidos. Les nacía, les renacía, les curaba, les dolía. Incluso les maltrataba. Hasta que los mataba. El ojo de Júpiter, el planeta de los afortunados se había alejado de la tierra.

El tiempo, con su multitud de dimensiones, de interpretaciones, de simbolismos los envolvía a todos los humanos en su fragilidad. Con su pasado que, tan pronto, para unos se tornaba en nostalgia, y para otros en un símbolo cruel. Desnudo. Sin recuerdo alguno, reducido a cenizas. O que podría llegar a ser transformado en una historia para otros. El tiempo, dinámico, flexible. De repente, roto, en el silencio de la ciudad fantasma. Del azul que la habitaba, transformada en un cortejo fúnebre, acompasado por el aullido de las ambulancias. Lloraba para algunos, se transformaba en memoria para otros, o se desvanecía para la mayor parte de la humanidad

que seguía con el ritmo de sus vidas, sin pensar en su laberinto. El del tiempo. Vidas ricas o pobres, pobladas de seres queridos alrededor, o vidas vacías que llevaban a muchos otros, por la corriente de los días. De los años.

Eran, sin embargo, los atrapados, los que más añoraban el tiempo. ¿Cuánta vida, cuántos años son necesarios vivir, para quedarse completamente solo? ¿Cuánta memoria se tiene que acumular para hacerse mayor? ¿En qué instante del tiempo se hace uno mayor? ¿Cuándo se instala en esa ociosidad creada por nuevos hábitos? ¿Tal vez cuando empieza a tener miedo?

¡Qué atrevida y audaz es la juventud! ¡Y cuán frágil se vuelve el ser humano al hacerse mayor! De repente, a partir de los 50 se percata de lo urgente que se torna la vida. Y cómo debe empezar a correr para finalizar lo empezado. O, simplemente, piensa en la velocidad que hay que adquirir para seguir el ritmo, pues, ya no queda tiempo para la languidez de la juventud. Conviene actuar. Que no se escapen los momentos. Y esta actuación surge frente a situaciones límite de la existencia, dolorosas encrucijadas en que se intuye la insoslayable presencia del final. De la muerte. En medio de un temblor existencial, la acción se convierte en un intento, jamás logrado del todo, de reconquistar la unidad inefable del tiempo de la vida. Para intentar salir del caos y captar la región del alma envuelta en angustia. En busca de la esperanza.

El tiempo de Cosmina comenzó en una casa antigua con puertas chirriantes, de un pueblo de la llanura rumana, hacía ya una eternidad, un tiempo pobre, con olor y sabor a tierra amarga, a lágrima de viña salvaje, a grito de salvación. A destino atrapado en la soledad. Esa casa permanecía aún situada en su lugar en el mundo, un lugar eterno, abrumado ya por el desamor, donde los pasos que se fueron y la abandonaron uno detrás del otro, llevaron, pero también dejaron, la impronta del desgarro y de la lejanía. Aún había mucha lentitud dentro. Gotas desesperantes de agonía. Probablemente, aunque la casa se derrumbara, cayera por sí sola, o alguien la hiciera caer en pedazos como un castillo de naipes, la

agonía y la maldición quedarían dentro. A pesar de los relojes de las paredes y de mesa del comedor repleta de periódicos, libros y gafas, que no dejaban de recoger el tiempo en sus eternos aleteos, la casa permanecía estática. Inamovible. Aunque estaba deshabitada, si intentara abrir la puerta y deslizarse dentro, tal vez, el tiempo se pararía, se tornaría lento, como una sinfonía de Mahler, o como un reloj derretido de Dalí. Lo comprobaba cada verano cuando regresaba por los senderos del tiempo, aunque fuera solo por algunos días. En ese instante no podría ir, aunque quisiera.

Viernes por la tarde. Aparentemente normal, pero tormentoso en realidad. Porque nada era normal, solo permanecía la sensación de normalidad. Una apática estampa gris se apoderaba de las calles vacías de Madrid, del cielo, de la tierra, de las hojas de abril, de los árboles cansados de la espera. Asustados. Como toda la humanidad. No podía dejar de pensar en su vida, en los recuerdos de su pasado, recuerdos que nunca fueron dorados. Las lágrimas le caían, sin cesar, sobre las mejillas cansadas de vivir. Realmente, buscaba en la memoria algo hermoso al que agarrarse, y no lograba encontrarlo. Ningún atisbo de belleza. Se sentía cautiva dentro de sus pensamientos, en su jaula mental. Miraba por la ventana de su piso solitario, y vislumbraba la farmacia de la otra acera de la calle. Quien entraba y quien salía. Las colas. La distancia de seguridad. Era lo que veía, al asomarse, desde hacía más de 30 días.

La mayor parte de la gente, resiliente, procuraba interiorizar los acontecimientos. Pero ella, solo conseguía captar una especie de decadencia, percibía la humanidad en el filo de la navaja. Una sociedad enferma que asistía, aun sin saberlo, a la creación de un nuevo orden mundial. Le dolía la vida. Y las lágrimas que, desde la pérdida del padre no dejaban de caer, se transformaban en río durante la atípica primavera. Robada al mundo, languidecida, anormal. Acariciaba el vacío. No podía dejar que los acontecimientos pasaran tal cual.

Lejos del lugar que la vio nacer, las preguntas fundamentales se reducían de repente a una pregunta existencial: ¿Quién era? Y en

esta pregunta, semejante a una crisis, residían muchas otras, vinculadas entre sí: ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué escogió la partida, y por qué decidió quedarse toda una eternidad en otro mundo? Sin embargo, le asaltaba una duda. ¿Quién debe decidir el mundo al cual uno pertenece? ¿Uno mismo? ¿O, los demás? Situada entre la orilla y la periferia, en una vida fronteriza, nunca tuvo el tiempo suficiente para reparar en las respuestas a estas preguntas fundamentales. Aunque su trabajo científico se vinculaba, de algún modo, a la nostalgia, a la memoria, a la pertenencia de los inmigrantes, nunca realizó que en el fondo lo que sentía y ni siquiera se percataba, era que vivía una crisis existencial tan profunda, como nunca había sentido. Tal vez, porque en la juventud no se reflexiona sobre las crisis. La tarea principal de la juventud es siempre seguir adelante, salir de las crisis, superándolas con valentía. Ella lo hizo. Pero a medida en que pasaron los años, necesitaba ahondar en el pasado, hurgar en la herida. Intentar sanarla.

Para un inmigrante, la memoria cobra más intensidad aún, por su eterno vivir entre dos mundos, entre varios idiomas, aunque, esencialmente, suelen ser dos. Los inmigrantes, más allá de las fronteras, tienen otra casa, un nido vacío o repleto de gente, en otro lugar, que siempre será su casa. Su hogar. Su otro mundo, el inicial. El iniciático. El punto de referencia. Un mundo fluido que debe permanecer, para saber que el universo de uno, sí, tiene un centro giratorio. Aquel hogar es el centro. Situado en el corazón.

Cuando no se sabe qué hacer con los recuerdos, con la vida, con los instantes felices o desgraciados, cuando se desconoce cómo enfrentar la enfermedad de un ser querido, cómo lidiar con la distancia, o con el dolor, entonces, se busca refugio en la escritura. Y, sobre todo, se procura aferrar al mundo que se dejó, y que, en un encierro, se convierte en un camino de retorno a casa. Se compran cuadernos y bolígrafos de colores, o, simplemente, uno se sienta frente al ordenador. Para ordenar ideas. Con la obligación moral de mantener el legado. Los valores. Ser fiel a los recuerdos. Buenos o malos. Si en la juventud se prefiere la huida, en la madurez se esco-

ge el recuerdo. El retorno, aunque fuera imaginario. Recomponer los retales de la vida y coser con sangre o con lágrimas lo que se deja atrás. La vida, el recuerdo. Tenerlo, aunque fuera cada vez más frágil, mantenerlo, escribirlo, guardarlo. Dejarlo que respire. Con mágica y honda belleza. Darle vida, rescatarlo del fino polvo depositado sobre los cuadernos que esconden miles de palabras escritas a lo largo de intensos años, en distintos países. Palabras envueltas en los sonidos de otros idiomas, escritas desde y con el corazón. Y con la mente. Frente a las ausencias definitivas, el reto era intentar revivir y compartir el transcurrir lento y doloroso de una vida.

*

En la borrasca de la memoria, de repente, se instaló la imagen de los padres. Y las inevitables preguntas: ¿Cómo puede la enfermedad cambiar a una persona y deformar su aspecto físico? ¿Cómo puede el dolor transformar al ser humano?

23 de abril, San Jorge, el santo de sus padres. Miraba las fotos de ellos, que, en su momento, ordenó por carpetas. ¿Qué habría hecho sin las fotos, sin los recuerdos guardados allí? Se detuvo en la foto en la que él, el padre, en un 23 de abril cualquiera en el tiempo, cumpliendo con la tradición, sostenía entre sus brazos, un ramo de sauce. ¡Qué orgulloso se le veía enfrente de la puerta de madera de su casa, en su colorido jardín!

¡Qué difícil se le hacía a ella algún retorno a casa, aunque fuera virtual! O un retorno a través de la memoria... Cuando regresaba, en verano, el padre se quedaba escuchando. Pocas veces preguntaba. Pero sí, se le veía contento. Cuando estaba contento, se levantaba de la silla y salía por la puerta, a dar una vuelta por el jardín, recorrer sus dominios. Su mundo. Desaparecía. El vacío que dejó atrás al morirse. Tal vez, ella tampoco se daba cuenta, pero la pérdida ayuda a discernir, a articular en la mente con más nitidez a los que se aman. Incluso se llega a idealizarlos.

Se imaginaba que allí, en el pueblo de la llanura rumana, en el reino de su casa, en su jardín ahora abandonado, no había llegado ningún peligro del virus mortal. Seguramente, pensaba, se respiraba aire puro, de primavera, de lila, de rosa, de tulipán y de narciso. Solo faltaba él: «¡Vive tu vida! ¡La vida no tiene retorno! ¡Vívela ahora!», le solía decir. No sabía si le hizo caso. Ella se dejó ir, escondiéndose, respaldándose en su trabajo.

En aquel preciso instante, mientras recordaba al padre, la madre se hallaba en una residencia de ancianos, de la ciudad de Galati, sola, tras el fallecimiento de su marido. Faltaba de la casa, la madre, y pensaba que nunca llegó a visitarla a su nuevo «hogar». La madre esperaba que saliera con vida de la pandemia. La madre, la que nunca quiso irse de su casa. Como casi nadie. De haberse quedado, de no haber caído enferma tras el ictus que la dejó paralizada del lado izquierdo, hacía ya ocho años, no habría acabado sola, recluida en un espacio ajeno. ¡Qué débil se encontraba la madre, cuan pocas fuerzas le quedaban para hablar con su hija en pleno confinamiento, cuando la llamaba cada mañana! Si es que tuviera suerte de que su madre, o alguna cuidadora de aquel lugar desconocido y lejano, le cogiera el teléfono. Cada día, una eternidad de instantes. Hasta conseguir línea telefónica con su madre.

—Espero salir de esta crisis, dicen que en septiembre se acaba —le decía a la hija—. Me han hecho las pruebas, y estoy esperando los resultados. No entiendo por qué tardan tanto —susurraba la madre, con la voz cada vez más agotada, más lejana.

La angustia la paralizaba tanto, que, de algún modo, empujaba a Cosmina a escaparse, por la vía del pensamiento. De la escritura. Buscar el orden, en días desordenados y confinados. Encerrados en casa, envueltos en la capa gruesa y tenebrosa del miedo. Enfermos todos. Aun así, la gente aplaudía. Tal vez porque aún le quedaba esperanzas, o, porque la humanidad había sobrevivido un día más. Después del aplauso, abandonaban las ventanas y los balcones —los más afortunados— para entrar en casa, a cenar. A las 23 horas se oía el ronquido del vecino, don Ramón, a través de la

pared. Él ya había cumplido con otro día más de espera y con el aplauso vespertino.

*

Un día, la madre dejó de coger el teléfono en la residencia de Galati. Nadie contestaba al teléfono. Finales de abril ventoso, con lágrimas de acero en el corazón y los intentos de frenar la ansiedad, al llamar cientos de veces. Para que nadie se hallara al otro lado. Cuando, por fin, una enfermera cogió la llamada, la madre dijo con una voz como un hilo:

—Me duele la garganta, tengo mucha sed.

De repente, dejó de escucharla. Se quedaba dormida mientras intentaba hablar. La madre se moría lentamente. Sin embargo, todo el mundo a su alrededor callaba. La enfermera que estaba a su lado no quería ponerse al teléfono para que le explicara a la hija qué era lo que estaba pasando, realmente, en aquel lugar. Para explicarle que su madre se moría en una residencia. Abandonada y sola. ¿Quién lo había decidido? ¿Quién había decidido que las personas inmóviles deberían acabar de ese modo? ¿Quién había decidido que los primeros sacrificados tenían que ser los mayores y las personas inmóviles? A la compañera de su habitación la sacaron de la residencia y la salvaron porque podía caminar todavía. Pero a la madre la dejaron sola, ingenua, en sus esperanzas de salvarse, en su corazón aún lleno de vida. Ella, que quería seguir viviendo, regresar a su casa, la que soñaba con el aroma de las peonías de su jardín, la del corazón lleno de amor. Para las hijas que no estaban a su lado. ¿Dónde estaban sus hijas? La mejor madre del mundo.

Con el alma encogido, Cosmina le escribió a la hermana pequeña, médico en la ciudad de Galati que se fuera, o que mandara una ambulancia para recoger a la madre. Que la madre no podía respirar, que se moría lentamente, que nadie la atendía, que nadie le hacía sesiones de fisioterapia en aquella residencia, aunque pagaba toda la pensión de su jubilación. Y más. Por fin, tras dos días de

ardua espera, la hija pequeña mandó una ambulancia y sacaron a la madre del centro. La última vez que consiguió hablarle, fue el último sábado de abril. La madre lloraba, llantos y suspiros agotados, de desesperación y de temor.

—No llores, mamá, te llevará Doinita al hospital, te ingresará en cuidados intensivos en su planta —fue lo que pudo articular Cosmina procurando esconder tras sus palabras, las emociones del llanto.

—Sí —se oyó el susurro de la voz de la madre—. Me comprará un nuevo teléfono, el miércoles... Te quiero, hija —le dijo aún—. Mamá te quiere mucho...

Esas fueron las últimas palabras de su madre que escuchó Cosmina. Después, la conversación se cortó, inesperadamente. En seco. Cosmina se quedó paralizada en su casa de Madrid, una casa, por donde el viento turbado de abril, corría como un lobo hambriento entre las estanterías, entre los armarios, entre el desorden de su mente ya vacía. El lobo. La sombra de la muerte.

Salió a caminar con la máscara contra el virus. La máscara de la vida. Deambuló por las calles más de una hora. Levantó las miradas hacía el cielo indeciso. Implorando.

Tenía miedo a regresar de nuevo a la casa vacía y sentarse en el sofá, aquel sofá donde su madre vino a verla casi una década atrás, donde su madre ríe con ella, donde había descansado por las noches, donde compartió con ella parte de su vida. De su mundo. Tenía miedo a encender el ordenador y a encontrar noticias de su hermana, que siempre decía la verdad. Cortante, tajante, como todos los médicos.

Y, efectivamente, el Messenger del teléfono saltó. Lo oyó saltar. Regresó a casa sin apenas aire para respirar y encendió el ordenador.

—Mamá está en la unidad de cuidados intensivos —dijo—, pero no me dejan verla. Cooperar. Respira por sí misma. Los análisis son buenos, pero el virus le tocó uno de los pulmones. No tenemos respiradores...

—¿Ni siquiera uno? ¿Para mamá? —escribió Cosmina, con manos temblorosas.

—No, no hay ninguno limpio. Todos están ya... infectados..., deteriorados.

Ir al hospital en Rumanía suponía ir para morir. Viaje sin retorno. Cosmina lo sabía.

—Acabo de entrar en su habitación —le escribió de nuevo la hermana—. Estoy con ella. Está asustada porque me tuve que poner el traje de buzo.

—¿Ella sabe que tiene el virus?

—Creo que sí, porque me ve vestida así... Me vestí, para que no me contaminara...

—¡Dile que la quiero, por favor! Cómprale un teléfono móvil, ella me dijo que le comprarías uno... Para poder hablar con ella.

—Ella no es ella. Ya no es ella... —escribió, nuevamente, la hermana—. Apenas habla.

—Pero dices que los resultados están bien, por favor, haz algo por nuestra madre. Le prometí que iría a verla..., llevarla esta primavera a ver a su jardín, con sus flores. Llevarla a su casa. Por favor —imploró Cosmina.

—Si pudiera, le daría mi vida —dijo Doinita.

En aquel instante, Cosmina comprendió que no se podía hacer nada para salvar la vida de la madre. Que, aunque los análisis estuvieran bien, ella se moría lentamente, como moría lentamente todo el mundo en su situación. Entendió por enésima vez que no había respiradores, ni infraestructura en los hospitales de Rumanía, que tal vez nunca la habrá, y que la gente moría. Y que nadie lo reconocía. Que la muerte atestaba el mundo, que cada vida pendía de un hilo, incluso la suya, que los vecinos de Madrid de su casa, también vivían con este miedo. Y que, en los hospitales de Madrid, la gente moría igual. Que los amigos habrían desaparecido, de repente, de su vida. Que no tenía con quien hablar lo que sentía. Que cada cual velaba por su vida, o la de sus familias, escondido en su caparazón. Un mundo despojado de sentimientos, muy a su pesar. Que la vida

se había convertido en una impotencia. Injusta, sí, pero impotencia. Que estaban todos rodeados por la sombra de la muerte.

Tras tres días agónicos, una mañana, sin haber podido dormir en toda la noche, Cosmina se levantó, se calzó las botas de invierno, aunque era mayo, un mayo lluvioso y ventoso en Madrid, y salió a la calle. Solo podía salir en una cierta franja horaria, y la cumplía. Eran las seis de la mañana, y salió porque necesitaba respirar aire fresco. De pronto, sintió la mano suave de la madre como le tocaba la frente, en aquel caminar. Notó los pensamientos de su dolor. Le llegaban a través de las ondas poderosas de la mente, las respiraciones intensas, inmensas y desesperadas de su madre que le penetraban todo su ser. Levantó la mirada hacia el cielo de Madrid convertido en una tumba gris y vio banderas españolas, con lazos negros, arboladas en los edificios de las calles, que transitaba sin rumbo. La muerte estaba presente por todas partes. No había escapatoria. Solo la sangre que le corría por las venas, la sangre de su madre, le recordaba que ella todavía podía respirar. «Aquí estoy, mamá, ¿me oyes? A miles de kilómetros de distancia, estoy pidiendo por ti, rezando por ti, nosotros tú y yo, que nunca creímos en nada. No hubo dioses para nosotros, respetabas las tradiciones porque era tu deber, pero sé que te reías con nosotras. Nosotras nunca creímos nada más que en el instante presente... Mamá, te echo de menos, mis mañanas contigo, mis tardes en la biblioteca del pueblo, la hora del despertar, la lluvia de tus ojos, mi sitio en la mesa, la eterna taza de leche que no me podía tomar, tus ojos verdes que me enviaban amor, mi traje de alumna que me planchabas, y el pañuelo rojo... “Por la gloria del Partido Comunista, adelante”... Aquí estoy, en Madrid, me fui hace 28 años, tú lo sabes, no sé lo que piensas ahora, ¡pero sé que piensas en mí! ¡Qué agonía, mamá!».

Estos eran los pensamientos de Cosmina en su vagancia por la ciudad que tanto amaba, pero que en aquellos momentos sentía tan extraña, tan lejana. Tan sola, la ciudad. Sin raíz, Cosmina, sin identidad, en una ciudad anulada por el virus, de repente extraña,

comunicándose con una madre moribunda a más de 3.000 kilómetros de distancia. A las tres de la tarde, cuando estaba ya rendida en el sofá, con su cuerpo de repente frágil y agotado, el teléfono sonó. En aquel instante supo que era la llamada final.

—Mamá ha muerto... —dijo la hermana, sin preámbulos, con una voz trémula—. No pude hacer nada. No me dejaron ya entrar. Está en la sección del virus. Aunque estoy de guardia, no pude verla.

Cosmina recibió la noticia como a una sentencia esperada. No se levantó de la cama, atendió la llamada, abandonada en el sofá, tranquilizando de repente a la hermana pequeña. Se sorprendió al escuchar su propia voz:

—No te preocupes, no es tu culpa. Mamá sufría. Mamá no podía respirar más sin respirador. Mamá se fue sola.

—No, no estuvo sola, yo estuve allí.

«No, tú no estuviste allí. Mamá lleva sola desde que murió el padre. La engañasteis, la metisteis en una residencia de ancianos, en contra de su voluntad. Mamá se mereció otro destino». Eso le hubiera gustado decirle Cosmina a su hermana. Pero se calló la respuesta.

—Habrá que ocuparse del entierro. Tienes que ir a casa a recoger la ropa. Tiene ropa bonita en su habitación, en el armario.

—¿Qué ropa? No me dejan ni verla. La envolverán en una sábana. Le compraré un féretro, escogeré uno bonito, iré ahora a por él.

Un féretro... ¿bonito? Acaso existían féretros... ¿bonitos? Aquellas palabras le recordaban a Cosmina a un naufragio, a la pérdida en el mar, a la desaparición de un navío blanco. A un vuelo roto. Su hermana había incorporado a la muerte en su existencia, como una forma de vida. Como todo médico, suponía. Escoger el féretro tal como hicieron con el padre, nueve meses atrás. Aunque entonces vivían el duelo las tres. Con despedida del padre incluida. El dolor la venció. No pudo seguir hablando.

—Llamaré a la hermana mayor. Hablaremos más tarde, si te parece...

Al despedirse de la hermana pequeña, la sangre, la sangre de la madre que le corría por las venas, le empezó a hervir. Abrió el ordenador y contactó con la gente del pueblo. Nadie lo sabía. Contactó a través de las redes sociales con las antiguas alumnas de la madre, porque sabía que si ella no lo hacía, nadie lo habría hecho. Sus hermanas eran demasiado ocupadas con sus vidas familiares. Desaparecidas las dos, de la realidad de la vida de la madre.

Escribió a las antiguas alumnas: «Por favor, que alguien vaya a la iglesia, que repiquen las campanas por la muerte de mamá, por el alma de mamá. Por favor, yo no podré viajar a Rumanía, no la dejéis sola, mañana la entierran, sin funeral, sin ropa, su cuerpo frágil y abandonado por la enfermedad, corroído por el último dolor y por la última respiración, su cuerpo metido en un ataúd». Este fue su grito a través del Messenger.

Y, después, con mano trémula apuntó en su cuaderno: «Hoy, 6 de mayo de 2020 ha muerto mi madre. Estoy sola en el mundo. Huérfana. Vacía». Esto fue lo único que escribió, pero pensó en la geografía interior de su alma, en la tenue frontera que separaba la investigación, su profesión, de su vida.

Al día siguiente, por la tarde, cuando los rayos de luz penetraron por las ventanas del piso y se apoderaron de la habitación, mientras la gente de su edificio salió a aplaudir otro día la labor de los profesionales en la lucha contra el virus, ella recibió las imágenes del féretro de la madre. Una elegante caja de madera adornada con motivos blancos de ángeles bordados, donde descansaba su cuerpo. La identidad de Cosmina. Su raíz. Su madre. Una profesora distinguida, que enterraban en soledad. Sin ropa. Un entierro sobrio y breve, sin misa, una foto en una cruz delante de una tumba. El enterrador del pueblo grabó un video escueto, tras la súplica de la hija:

—Por favor, se lo ruego, quiero tener alguna imagen.

—Señora, arriesgamos nuestras vidas, porque su madre murió por el virus.

—Por favor...

El enterrador mandó un video de menos de un minuto... bastante consiguió hacer. Por el camino que un bus transportaba el cuerpo sin vida al cementerio, había gente con paraguas que acompañaba a la madre. Al recuerdo de la madre. Probablemente, antiguos alumnos, con mascarillas que habían salido a las puertas de sus casas. Se oía el desolador repicar de las campanas. A su madre no la acompañó ningún familiar, sino sus alumnos, gente del pueblo. En el cementerio, el cura y tres personas vestidas de buzo transportaban el féretro. Para Cosmina fueron aquellas, las más crueles imágenes que había visto en toda su vida.

Se encerró en un mundo de dolor rodeado de fronteras. Sin voz. Perdida. Las fronteras que antaño atravesaron su vida, afloraron nuevamente. Las fronteras que no la dejaron volver a su país durante años, estaban nuevamente alzadas con el telón de fondo de la pandemia. Las fronteras de sus amores y desamores, las fronteras invisibles y simbólicas de la exclusión que la persiguieron, hasta que un día la misma justicia se rebeló para incluirla; las mismas fronteras cobraban ahora el color de luto, para permanecer cerradas sin que ella pudiera ir al entierro de la madre. A decirle adiós a la madre. Un mundo de fronteras, pensó. Impotente la existencia frente al dolor. Y a la muerte. La última frontera.

Apoyó la cabeza entre las manos y el pasado volvió con nitidez hacia su memoria. El tiempo... ¿Hacia dónde había huido el tiempo?

II

La infancia. En el centro del corazón. En una casa del pueblo, rodeada de árboles, al final de una calle sin asfaltar, en un cruce de caminos. Indecisa posición. Una casa dejada en herencia por los abuelos al padre, el único hijo varón. La infancia se le revelaba en una foto en blanco y negro, o en multitud de fotos tomadas en un mismo día. Alguien las tomaba, seguramente el padre, amante de la fotografía. Tenía un taller fotográfico, su padre lo quería tener todo: casa, familia, jardín, profesión. Quería serlo y tenerlo todo.

Las fotos. Ellas, las hermanas, en 1966 en el regazo de su padre, foto que Cosmina conservaba en el salón de su casa, en Madrid. Con una moto detrás, porque su padre era un apasionado de las motos. Se veía la matrícula de la foto «GL2566». Cosmina no miraba la cámara. O cuando decidía mirar, lo hacía furtivamente, la desafiaba. No sabía por qué. Era algo natural en ella, querer que se acabara todo pronto, para regresar a sus juguetes, a su pequeño mundo. A su soledad. A su casa. ¿Cuál de ellas? La casa. Cualquiera de ellas. Porque, realmente, no tenía ninguna. Tal vez, su casa fue siempre su corazón.

La casa se vinculaba a la imagen del padre. Él amaba la vida, a pesar del malestar perpetuo en el cual permanecía instalado. El vacío implacable de su vida. Amaba su lugar en el mundo, su lugar en su pueblo. Aunque tal vez no se sintiera muy cómodo al principio de su juventud allí. Le contó en varias ocasiones que lamentaba no haberse ido a vivir a la ciudad, con lo próxima que era. Cuando estaba amargado y enfadado le contaba a Cosmina que quería dejarlo

todo e irse, huir, porque la casa precisaba demasiado trabajo. Pero se quedó por sus padres, por ser el único hijo. Y la casa la hereda el hijo. Después, se acostumbró a su vida con los vecinos, con la gente. Se ganó incluso el respeto de mucha gente, se pudo comprobar en el dolor del funeral. Más tarde, cuando se hizo mayor nunca hubiera salido por la puerta de su casa. Cuando se jubiló, a una edad demasiado temprana, lo hizo, en parte, porque cumplía el número de años cotizados, pero en parte, porque ya estaba harto de su profesión: impartir clases a alumnos.

—Quiero estar tranquilo, en mi casa. *Sa nu ma bata nimeni la cap.* Que me dejen todos en paz, estoy harto de niños, del colegio, de la dirección...

—Eres joven aún —decía la madre con un hilo de voz.

—Ya no quiero dar clases, estoy cansado.

Se despertaba, se aseaba y empezaba a salir a trabajar. Su padre nunca fue agricultor, era un intelectual, pero, quiso dejar su profesión demasiado pronto, para dedicarse a la agricultura. Nunca lo consiguió. Siguió siendo un intelectual, hasta el día de su muerte.

En los últimos años, salía solo para ir al rastro de la ciudad, y regresaba maravillado, de todo lo que había visto allí. Era un acontecimiento cuando lo hacía, se despertaba, encendía la candela y se afeitaba. Se perfumaba y se ponía una camisa limpia. Un sombrero. Cogía su Dacia 1300 azul, comprado con mucho esfuerzo en la época del comunismo y se iba. No solía tardar más de dos-tres horas, sobre todo, cuando empezó a hacerse mayor. Pero regresaba maravillado, con pescado fresco, pan, y dulces para las hijas. Hay de todo, «solo faltan los ojos humanos», solía decir riendo. Compraba todo tipo de herramientas antiguas que pensaría que algún día utilizaría. Pero que, finalmente, nunca utilizaba. Se detenía en cada puesto, miraba y preguntaba por cada utensilio. Era ávido de vida, de aprender, de interesarse por las cosas, las más minúsculas e insignificantes que fueran o que podrían parecer. Si a él le captaba la atención era que «valían la pena». Llenó la casa, el patio y el jardín con todo tipo de materiales y objetos que se imaginaría que construiría. Pero nunca finalizaba nada.

Y cuando regresaba, ellas, las hijas lo sabían. Porque pitaba el claxon del coche desde la entrada por la calle, para que ellas le abriesen la puerta del garaje y para que le ayudaran con la compra. Tenía mucha autoridad sobre ellas.

Amaba la vida y estaba en una guerra personal con el paso del tiempo que le desvanecía cada día más. «El tiempo tiene su curso», solía decir, «no podemos hacer nada». En su melancolía final, temblaba con rostro pálido en la oscuridad de noche, encendía una minúscula lámpara, y se quedaba leyendo periódicos en la mesa de la cocina, hasta muy tarde, pasada la una de la mañana. O se despertaba a las dos o tres, para concientizar el hecho de que aún respiraba. Había en él un miedo y un respeto a la pérdida de su propia vida que le entristecía y amargaba en su dócil impotencia de mantenerla. La vida. La que se le escapaba entre los dedos. Hasta el último momento, hacía crucigramas del más alto nivel, incluso corregía a la madre que era una experta en el asunto. Amaba el respirar y el despertar, y le decía a su hija por teléfono:

—Yo no sé cómo y cuándo llegué a perder las fuerzas, no entiendo cómo no puedo ser como antes. Salgo para ir al jardín, y veo que no puedo. Yo que podía con todo, tan fuerte y vigoroso. He acumulado tantas cosas, que no sé qué hacer con ellas... Y no puedo seguir adelante, apenas puedo caminar, no sé qué voy a hacer con el jardín... Estoy desolado...

Nunca creyó en Dios, pero a medida en que se hacía mayor, y tras la enfermedad de la madre, decía:

—A ver, espero que Dios me perdone, y me deje un poco más en este mundo para ayudar a tu madre...

—No hables de la muerte, papá —contestaba la hija para que él no se entristeciera.

—Estoy preparado. Estoy preparado —le dijo, incluso durante su visita en aquel verano tormentoso, cuando ella le vio por última vez.

Estaba pálido, delgado, ligeramente encogido de hombros, pero seguía siendo él, alto, decidido, incómodo. Esta incomodidad que

le permitió salir adelante, hacer lo que quería hacer, salirse siempre con la suya, y que tanto había heredado su hija Cosmina. Una herencia que la enorgullecía. Permanecer en la incomodidad. Ser tormenta, aunque desgastara. Estaba tan afligido en su interior, sin ganas de comer, incluso de hablar. El padre preparaba su muerte. De hecho, empezó a prepararla tras cumplir 85 años, aunque llevaba años pensando en ella. En la muerte. Melancólico, enigmático, tras la frugal cena, desaparecía en el baño, y tardaba más de media hora en regresar. La hija, miedosa, tendida en la cama, junto a mamá, le llamaba:

—Papá, ¿dónde estás? ¿Dónde está papá?

Como no respondía, los pensamientos más tenebrosos se le pasaban por la cabeza. Pero finalmente, oía su voz baritonal:

—Estoy bien, ahora vuelvo.

Sin embargo, tardaba porque estaba asustado. Presentía su final. Cuando por fin salía del baño y entraba en la habitación, cogía el mando de la tele y cambiaba de canal. Habitualmente, solía ver programas de entrevistas, o programas de política, era un apasionado de la geopolítica. No obstante, durante aquel último verano, estaba obsesionado con ver episodios de la película italiana *La piovera* que ella, la hija, recordaba de la infancia, de la juventud. Una película sangrienta, triste, de traiciones y mafias. Era lo único que le llamaba la atención en aquellos días finales. ¿Cómo no se dio ella cuenta de que era la última vez que veía a su padre?

Las mañanas parecían más claras. Pero no lo eran. Ella tenía miedo a abandonar su habitación, ¿cómo les encontraría tras la noche? Una mañana, del verano de 2019, durante la última visita, al ver que eran las ocho y media y todo parecía inmóvil, salió a hurtadillas, y pasando por su habitación, los vio a los dos en la cama. Permanecían de lado, con los brazos entrelazados. No dormían, porque su padre preguntó: «¿Ya te has despertado?». Fue la imagen más tierna, la última que mantendría de ellos en la retina. Su padre que se despedía de la madre. Su recíproca despedida. Era su modo de despedida, ya contaban sus días, sus minutos, sus ins-

tantes. ¿Cómo no se dio cuenta de que era la última vez que los veía juntos?

Después, el padre se levantó, y difícilmente siguió ayudando a la madre, como siempre. Le tomaba la tensión, la vestía, la llevaba a la cocina para desayunar. Era ese su «horario diario», como solía decir. El padre era, evidentemente, un hombre de «horarios» que se debían respetar. Como toda la sociedad cuyo producto era. Un horario que realizó sin rechistar desde septiembre de 2012 hasta agosto de 2019. Siete años de sufrimiento, de intentos de que la madre se curase, de ilusiones y de esperanzas. Hasta que sus fuerzas le dejaron. Hasta que empezó a sentir el calvario. Su propio calvario.

Durante sus últimos años, vivía, de hecho, vivían los dos, a través de las hijas. De las llamadas de ellas, de las historias de Cosmina, de sus viajes a Moscú, a Washington, a Argentina, a México. Ella se esmeraba en estar con ellos, a pesar de la distancia, y creía, sinceramente, que conseguía ayudarles en la tarea de sobrevivir. Modestamente, consideraba que les ayudó a mantenerse con vida. Se sentaba en su despacho, y antes de empezar su actividad diaria, les mandaba un correo con una foto por Yahoo! A diario. Para que estuvieran conectados. Otra curiosidad del padre fue el internet. Quiso tener un ordenador y aprender a manejarlo. Aunque al principio se negaba, a los 75 empezó a aprender. Tenía 80 cuando Cosmina le regaló uno nuevo. Estaba emocionado, como un niño con zapatos nuevos, delante de la pantalla grande. Aprendió a manejarlo con una destreza propia de un joven. Amaba, sí, la vida, y todo lo nuevo. Durante los veranos, la hija le enseñó a ampliar la ventana del ordenador con el zoom, y estaba tan feliz leyendo las noticias en voz alta. La madre le seguía desde la cama. Era como un ritual. Además, era un experto en geopolítica. El padre, el maestro de la hija. Cuando quería saber algo nuevo sobre Rusia o los países de la Vecindad Próxima, antes de leer, le preguntaba, y él le explicaba el juego geopolítico de la región, como nadie.

Tenía su propia cuenta de Facebook y solía decir: «No quiero aparecer allí, viejo... Si queréis, ponedme una foto conmigo, de cuando era joven». Y así lo hicieron, lo hizo la hermana pequeña, la médica. Nunca escribió mensajes, pero le gustaba dar *like*. No sabía poner corazones, pero sí, miraba, y daba *like*. Tenía cada vez más amigos. De hecho, las hijas le seguían manteniendo la cuenta, y la adornaban con recuerdos. En su memoria. Después, decidía salir de Facebook y le gustaba escuchar música rusa: *Ojos negros*, *Kalinka*, y coros rusos. «Estos sí son patriotas», decía. «Y todos son rusos..., los moldavos, los ucranianos... No sé qué intenta hacer la OTAN y Estados Unidos allí. Estos son todos rusos y patriotas. Fin de la discusión».

Echaba tanto de menos al padre, que su corazón lloraba desconsolado.